

dado, pues en tal profesion, todos los dias rezaba el oficio de la Virgen Santísima con su letanía, rosario, y otras devociones, frecuentaba los templos y lugares piadosos, y de mi pobreza daba á los pobres, etc. Diez años siguió Gaspar la milicia, hasta que llamado por el Señor de una manera extraordinaria, buscó el retiro del claustro en la religion del gran Francisco de Paula. Habia salido un dia de descubierta con una partida de su cuerpo; pero rechazados por fuerzas muy superiores, creyó salvar la vida metiendo espuelas á su caballo, que desbocado y ciego cayó precipitadamente en un pozo. Llegaron entonces los enemigos, y uno de ellos dió un golpe de alabarda á Gaspar, causándole una herida mortal en la cabeza. Viéndose el jóven guerrero á punto casi de espirar, levanta su corazón á Dios, pídele la vida para emplearse en su servicio, implora la intercesion del héroe de la caridad Francisco de Paula, ofrece vestir su hábito, y ve al momento á sus compañeros de armas que acuden á salvarle del peligro. Leváronle en efecto á sus trincheras, y temiendo que iba á espirar, le administraron los Santos Sacramentos; mas contra el pronóstico de todos curó en breve de sus mortales heridas, y ansioso de cumplir lo que habia ofrecido al Señor, alcanzó su retiro y regresó á Valencia, donde vistió inmediatamente el hábito de los mínimos en el convento de San Sebastian.

Desde esta época hasta la de su muerte no es fácil ya seguir sus pasos, ni descubrir sus secretas penitencias, ni pintar sus grandes virtudes y aquellos dones maravillosos con que el cielo reveló á los hombres algunas veces su oculta y humilde santidad. Su obediencia fué la mas ciega y siempre alegre; en la pobreza no tuvo igual; amábala de tal modo, que una de las causas por que reverenció siempre á sus padres era, como él decia, por haber sido en estremo pobres; en castidad fué un ángel, y sin embargo se llamaba continuamente, *vison aparejado para el infierno*, tanta era su profunda humildad! aquella virtud amable que formó su verdadero carácter. No hablamos de su caridad, de su devocion y de su penitencia, que fueron otras de sus principales virtudes, porque aun refiriendo todo lo que de su vida se ha escrito, no era posible llegar á descubrir la altísima perfeccion á que en ellas ascendió

nuestro Bono. Tampoco es fácil dar una idea cabal del celo prudente y sabio con que gobernaba las comunidades y toda su provincia, cuando le pusieron al frente de ella en sus últimos dias. Su ordinario modo de mandar era dando ejemplo y caminando delante de los demas religiosos; si reprendia, era con la voz de la dulzura y de la caridad; si castigaba, era con la ley en la mano y las lágrimas de la penitencia en sus ojos, como si él fuera el delincuente. Así acabó Gaspar sus dias, haciendo bien á todos, edificando á todos, y repitiendo continuamente á sus hermanos aquellas palabras con que el Señor se despedia de sus discípulos: *Este es el precepto que os doy, que os améis mutuamente como yo os he amado*. La historia de su última enfermedad no puede leerse sin admiracion y enternecimiento. Verificóse su muerte, como él mismo habia predicho, el dia 14 de julio de 1604; y hasta tres dias despues no pudieron los religiosos enterrar su cadáver, por el tropel de gentes que á todas horas acudian á la iglesia de San Sebastian para implorar á su favor las bendiciones del cielo por la intercesion del Santo que habia muerto. Las curaciones maravillosas que obró el Señor en aquellos dias alrededor de su féretro, fueron innumerables; de modo que desde entonces puede decirse que comenzó Dios á canonizar las heroicas virtudes del que despues habia de beatificar la Santidad de Pio VI, por su breve de 10 de setiembre de 1786, siendo el glorioso Gaspar de Bono el primero de los hijos del Gran Francisco de Paula que ha sido colocado sobre los altares. Venerábase su santo cadáver en la iglesia de su convento, en la capilla magnífica que le erigieron sus devotos.

Despues de haber mencionado los dos santísimos prelados Tomás de Villanueva y Juan de Ribera, y los tres santos religiosos Luis Bertran, Nicolás Factor y Gaspar de Bono, á los que debe añadirse el glorioso San Pascual Bailon, de quien nos da alguna noticia Berault, no creemos necesario detenernos en recordar la multitud de venerables que murieron en olor de santidad, y que ilustraron con sus virtudes entre otras la ciudad y reino de Valencia. Todos los estados ofrecieron entonces modelos de perfeccion á los siglos posteriores; y el claustro en particular vió conservarse por largo tiempo el espíritu de los que le habian santifica-

do, y renovarse en innumerables discípulos los ejemplos de virtud que aprendieran de aquellos maestros de la vida espiritual. Cuando juntemos, pues, á la memoria de estos héroes la de los que produjeron en aquel siglo otras provincias de España, podremos concebir una idea exacta de esta primera y principal parte de las glorias de nuestra patria. Juan de Dios, nacido en Portugal; Ignacio de Loyola, en Cantabria ó Vizcaya; Teresa de Jesus, en Avila; Francisco de Borja, admiracion de la corte; Francisco Javier, apóstol de las Indias; Juan de la Cruz, maestro de la vida espiritual; Pedro de Alcántara, reformador y penitente austero; José de Calasanz, modelo de caridad; Bartolomé de los Mártires, ejemplo de prelados; Diego de Alcalá, espejo de humildad; Juan de la Concepcion, reformador de los Trinitarios, Alfonso de Orozco, Simon de Rojas, Juan de Avila y Luis de Granada, Apóstoles de Castilla y Andalucía; y en los dominios españoles del Nuevo-Mundo, Santo Toribio, arzobispo de Lima, y Santa Rosa, de la misma ciudad, la primera entre los americanos que fué elevada á los altares; estos perfectos discípulos de la Cruz, cuyos nombres son conocidos y celebrados en toda la Iglesia católica, exaltaron en el siglo diez y seis la Iglesia de España sobre todas las demas del mundo. Parece que el cielo quiso entonces reunir todos los títulos de gloria en esta preciosa porcion del rebaño de Jesucristo; y para que no faltase en ella la brillantez de las palmas y coronas de los mártires, permitió la sublevacion de los moros de Granada, en la que perecieron por su constancia en la fé y religion hombres, mugeres, religiosos, eclesiásticos seculares y hasta niños que en la mas tierna edad confesaron el nombre de Jesucristo en medio de los tormentos. ¿Y cuántos españoles no alcanzaron tambien la corona del triunfo en las remotas regiones de Asia y de América? La mayor parte de los misioneros que saliendo de nuestra nacion llevaron la luz del Evangelio á ambas Américas y á la vasta Oceanía, fueron victimas del furor de aquellos pueblos salvajes é idólatras, y despues de haber fundado con su predicacion un sinnúmero de iglesias, las santificaron y embellecieron con su propia sangre. Apenas podrá encontrarse en la Peninsula un solo convento ó establecimiento

religioso que no se glorie de contar á alguno ó algunos de sus hijos muertos por la fé en las misiones de Ultramar.

Si de la nota de santidad pasamos á hablar de la sabiduría y doctrina de los españoles de este siglo, encontramos un campo no menos vasto y abundante en que discurrir. Fueron tantos los autores que escribieron en todas materias en aquella época, que sola su numeracion formaria una larga biblioteca. Nos contentaremos, pues, con citar á los principales escritores eclesiásticos, sin que nuestro juicio perjudique el honor de los que omitamos. Aunque el célebre cardenal arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, no nos dejó memoria alguna de sus talentos, debe confesarse, sin embargo, que él fué quien dió el principal impulso en España á los estudios eclesiásticos, y á quien en algun modo es debida la abundancia de luces que brillaron en la Peninsula. Bajo su direccion se estampó y publicó la biblia llamada Complutense, una de las obras mas célebres de este género. Murió este primer ministro y regente de la corona de España en 1547.

Don Fr. Diego Deza, natural de Toro, y religioso de la orden de Santo Domingo, fué profesor de teología en la universidad de Salamanca, maestro del príncipe don Juan, confesor de los reyes católicos sus padres, obispo de Zamora, Salamanca, Palencia y Jaen, arzobispo de Sevilla é inquisidor general. Tenemos de este ilustre prelado cuatro tomos sobre el Maestro de las Sentencias, una defensa de Santo Tomás de Aquino contra Lira, y la concordia de los cuatro Evangelistas. Falleció en 1525.

En la misma orden de Santo Domingo y en la universidad tambien de Salamanca florecieron otros cuatro escritores no menos sabios que Deza. De Fr. Francisco Vitoria, que murió en Salamanca en 1546, se conservan las obras sobre la potestad de la Iglesia, sobre la del concilio, sobre el matrimonio, sobre el aumento de la caridad, sobre la obligacion del que llega á uso de razon, sobre el homicidio, la simonia y la magia, y otra acerca del derecho del rey de España sobre los indios. Su discípulo fray Melchior Cano asistió como teólogo al Concilio de Trento, donde arrebató la admiracion de los Padres. Hecho despues obispo

de Canarias, y habiendo gobernado por algun tiempo su diócesis, renunció el obispado y retiróse á Toledo, en cuya ciudad murió en 1560, dejando escrita la preciosa obra de los *Lugares teológicos*, superior á todo encarecimiento, un tratado sobre los sacramentos en general y otro sobre el de la penitencia en particular. Su hermano y comprofesor fray Domingo de Soto murió tambien el mismo año 1560, despues de haber sido confesor de Carlos V, teólogo en el santo Concilio de Trento y de haber escrito dos tomos sobre el cuarto de las Sentencias, uno de *Justitia et Jure*, tres libros de *Natura et Gratia* y algunas otras obras de menos consideracion. El último de estos cuatro dominicos fué fray Bartolomé de Medina, quien escribió sobre la primera y tercera parte de la Suma de Santo Tomás, y una breve instrucción para administrar el Sacramento de la penitencia.

En la orden de San Francisco florecieron fray Alonso de Castro, fray Miguel de Medina, fray Andrés de la Vega, fray Francisco de Osuna y fray Diego de Estela. El primero, natural de Zamora y nombrado arzobispo de Santiago, escribió catorce libros contra todas las heregias, tres sobre el justo castigo de los hereges, un tratado de la ley penal, cuarenta y nueve homilias sobre los salmos 31 y 50, y un comentario sobre las profetas menores. Murió en Bruselas en 1558. El segundo nació en Velalcazar y adquirió grande crédito en la teología y en el conocimiento de las lenguas hebrea y griega, y dejó escritos siete libros sobre la fé y algunos otros sobre la continencia de los sacerdotes, el Purgatorio, la humildad cristiana, la restitucion, las indulgencias y sobre el artículo cuarto del Símbolo. Murió, segun parece, en Toledo por los años de 1575. El tercero fué profesor en Salamanca y teólogo en el Concilio de Trento. Tenemos de él la defensa de los decretos de este santo Concilio sobre la justificación, dividida en quince libros, y otras quince cuestiones sobre la gracia, la justificación y el mérito. De fray Francisco de Osuna, comisario general de Indias, grande predicador evangélico y muy docto en la teología mística, se conservan las obras tituladas: «Abecedario espiritual,» «Norte de los Estados,» «Consideracion sobre las cinco llagas de Jesucristo,» y varios sermones para las fiestas y dominicas

del año y misterios de Maria Santisima. Falleció en 1540. El quinto, ó fray Diego de Estela, á mas de su comentario sobre San Lucas y de la esposicion del salmo 136, escribió de la vanidad del mundo, del amor de Dios, y la vida y escelencias de San Juan Evangelista.

La Compañia de Jesus, fundada en este siglo, no fué menos fecunda en varones sabios que en Apóstoles y misioneros santos. Su mismo patriarca y fundador, San Ignacio, escribió el incomparable libro de los Ejercicios espirituales, tan elogiado por los Sumos Pontífices y por cuantos han sabido apreciar el mérito y sublimidad de una obra de esta clase. La mayor parte de los hijos sabios de este gran patriarca, fueron todos españoles. Juan Maldonado, natural de las Casas cerca de Llerena en Extremadura, y catedrático de Salamanca, dejó al morir en 1583 en la casa profesa de Roma un gran número de escritos, de los que los principales son: Comentarios sobre los profetas Jeremias, Baruch, Ezequiel y Daniel; otros sobre los cuatro Evangelios; la esplicacion del salmo 109, y diferentes tratados sobre la fé, sacramentos, el libre albedrio, la gracia, el pecado original, la predestinacion y reprobacion y sobre la justicia. Francisco de la Torre y Herrera, natural del obispado de Leon, asistió en Trento al tiempo de celebrarse el concilio, trabajó mucho en las librerias de Italia recogiendo los autores de la iglesia griega, y hallándose despues en Roma entró en la Compañia de Jesus cumplidos ya los sesenta años de edad. Antes de profesar el estado religioso escribió acerca de la autoridad del Papa sobre el concilio, de la eleccion divina y la justificación, de la residencia de los pastores, de las actas del sexto concilio general, de los caracteres de la palabra de Dios, de las encomiendas perpétuas, de los votos, del celibato y del matrimonio clandestino. Despues de haber entrado en la Compañia compuso aun muchísimos tratados contra los hereges, y murió de mas de ochenta años en 1584. Alfonso Salmeron, natural de Toledo, fué uno de los primeros compañeros que se unieron á San Ignacio de Loyola en la universidad de Paris. Trabajó mucho por la Religion, concurrió como teólogo al Concilio de Trento, y escribió un tomo de prolegómenos sobre la Escritura Santa, once volúmenes [en folio] de comentarios sobre el

nuevo Testamento y algunos sermones. Murió en 1585. Francisco de Ribera, natural de Villacastin, entró en la Compañia, en cuyo colegio de Salamanca enseñó la Santa Escritura. A mas de la vida de Santa Teresa compuso diferentes comentarios sobre los profetas menores, el Evangelio de San Juan, la epistola de San Pablo á los hebreos, el Apocalipsi, y sobre el templo de Salomon. Murió en el mismo colegio en 1591. El cardenal Francisco de Toledo, natural de Córdoba, y catedrático de Salamanca, pasó á Roma despues de haber entrado en la Compañia, y desempeñó las comisiones mas árduas de la Santa Sede con tal acierto, que mereció su promocion á la dignidad cardenalicia, y la total confianza de los Sumos Pontífices Pio V y sus inmediatos sucesores. Entre las obras de este sábio cardenal es apreciada singularmente la Suma de teología moral y sus esposiciones de San Juan y de la epistola de San Pablo á los romanos. Su muerte, ocurrida en Roma en 1596, le impidió continuar la esposicion del Evangelio de San Lucas que solamente llegó al capítulo doce.

No fueron solamente estas tres órdenes religiosas las que ilustraron la Iglesia de España por la multitud de sábios; en todas las demas, y en el clero secular y hasta en el estado laical encontramos hombres doctísimos y maestros acabados de las ciencias eclesiásticas. Prueba de ello son los escritores que á continuacion mencionamos. Juan Ginés de Sepúlveda, natural de Córdoba y canónigo de Salamanca, fué uno de los mayores teólogos y jurisconsultos de su tiempo, é historiador de Carlos V. A mas de la historia de este emperador, y de haber traducido la mayor parte de las obras de Aristóteles, escribió tres libros sobre el libre albedrio contra Lutero, otro contra Erasmo, tres de las solemnidades de las bodas, uno sobre la verdad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo en el sacrificio de la misa, otro de la justicia del rey de España sobre los indios, y un comentario sobre los Cantares, formado de palabras de San Agustin. Falleció en 1572, siendo de edad muy avanzada. Diego Paiba de Andrade, natural de Coimbra, en Portugal, sacerdote muy piadoso y dedicado á las misiones, despues de haber asistido al concilio de Trento como teólogo del rey don Sebastian, murió en 1576 dejando

escrita una defensa de aquel santo concilio, y varias esplicaciones ortodoxas y sermones. Por el mismo tiempo que Andrade, murió en Ávila Antonio Oncala, natural de Yanguas, doctor en la universidad de Alcalá y canónigo magistral de Ávila, de quien tenemos un comentario sobre el Génesis, diez y siete opúsculos de teología, y cinco libros sobre la piedad cristiana. Miguel de Palacios, natural de Granada y hermano de Pablo Palacios, fué doctor y profesor en la universidad de Salamanca, despues canónigo magistral de la iglesia de Leon, y por último de la de Ciudad-Rodrigo, donde murió. Este gran teólogo y escripturístico dejó seis tomos sobre los libros de las Sentencias, quince libros sobre el profeta Isaías, y otros muchos sobre los doce profetas menores, sobre el Evangelio de San Juan, sobre la Epistola á los hebreos y acerca de los contratos y restituciones. No fué menos fecundo que Palacios el célebre obispo de Silves Gerónimo Osorio. Nacido en Lisboa, pasó á estudiar á Coimbra, en cuya Universidad ocupó por algun tiempo una de sus cátedras. Fué nombrado despues arceiliano de Ébora, y por último promovido á la Silla episcopal de Silves, cuya diócesis gobernó hasta su muerte, ocurrida en agosto de 1580. Sus obras, que se imprimieron en Roma en cuatro gruesos volúmenes en folio, comprenden diez libros titulados de la Justicia celestial, cinco sobre la Sabiduria, un comentario sobre los profetas Oseas y Zacarias, otro sobre la Epistola á los romanos, paráfrases de Job, de los salmos y de Isaías, veinticinco discursos sobre el Evangelio de San Juan, una preciosa carta á la reina Isabel de Inglaterra exhortándola á que se redujese al catolicismo, la defensa de la misma carta contra Gautier Adon que la habia impugnado, y otras muchas cosas pertenecientes en su mayor parte á la historia del rey D. Manuel y á la instruccion del príncipe.

Juan de Medina, nacido en Alcalá la Real, doctor y catedrático de Teología, fué muy alabado de los mejores escritores de su tiempo por su admirable ingenio y sólido juicio. Sus principales obras son las que compuso sobre la penitencia y sus partes, y sobre la restitucion y contratos. Leon de Castro, doctor teólogo en la Universidad de Salamanca, muy docto en las lenguas hebrea y griega, escribió